

11/7/81

## ▷ El fin del cautiverio de la ex presidenta argentina La larga noche de *Isabel* hacia la libertad

MADRID, 10 de julio (José Fajardo / enviado). — Era el fin de un largo cautiverio, tan largo que en el cansado rostro de María Estela Martínez de Perón, la ex presidenta argentina derrocada y detenida por los militares, todavía se notaba un aire de incredulidad cuando subió a bordo del *jumbo* de Iberia rumbo a la libertad.

Su despedida de la finca-prisión de San Vicente había sido emocionante, porque numerosas personas se reunieron allá para gritar "*Isabel*" hasta enronquecer, y algunos hasta ser detenidos por los militares. El aparato militar en la finca fue impresionante hasta el último segundo. La ex presidenta salió en helicóptero y en un esquema improvisado porque uno de los dos helicópteros enviados por el ejército se averió antes de levantar vuelo.

Al aeropuerto de Ezeiza *Isabelita* llegó casi a última hora, pasando de inmediato a la vedada sala de autoridades hasta el momento de embarcar en el avión, al que subió envuelta en un caro abrigo de visón, parpadeando ante los *flashes* de los siete y ocho fotógrafos que ya estaban a bordo para seguirla hasta España y entre los murmullos de admiración de todos los pasajeros, que esperaron en pie la entrada de *Isabel Perón*.

A bordo del avión, *Isabel Perón* se negó hacer cualquier declaración o conceder entrevistas, aunque tuvo un excelente comportamiento con los periodistas que la acompañamos, charlando con todos y sometidos pacientemente a los múltiples disparos de los fotógrafos, ante quienes *Isabel Perón* parecía más una humilde colegiala asustada que el personaje político que ha sido desde su prisión un jaque constante al régimen militar que la derrocó.

Sicológicamente, todavía es una prisionera; es difícil que la señora borre de su comportamiento en pocas horas un martirio de más de cinco años, — me dice su portavoz Ricardo Fabris, para explicar el tímido comportamiento de *Isabelita*

Hacia las diez de la noche, hora argentina, nos reunimos con ella en la sala que separa la primera clase de la turística — reservada en el *jumbo* para el descanso de la tripulación — e inmediatamente salió *Isabelita*. Estaba tranquila, pero su rostro denotaba cansancio y reflejaba cierta inseguridad, como si todavía no se creyera que era una persona libre. Quizás extrañaba la amenazadora presencia de

los militares, que la cercaron inflexibles durante los últimos cinco años. Con una tímida sonrisa, la señora siguió dócilmente las instrucciones que le íbamos dando para fotografiarla y fue aceptando con paciencia un seguido relevo de colegas en la butaca situada a su derecha. *Isabelita Perón* hablaba amablemente con todos, pero sin decir nada concreto, simplemente para mantener la figura ante las cámaras fotográficas. A cierta altura, alguien elogió el elegante y sencillo vestido que llevaba e *Isabel* replicó:

—No, no lo estoy estrenando. Ya lo había usado.

—¿Cómo pudieron pensar que intentaríamos maltratar a una señora que acaba de salir de un infierno vivido día tras día durante más de cinco años? — protestaba uno de los compañeros argentinos ante los abogados de la señora Perón.

Cuando los fotógrafos se cansaron de retratarla, *Isabelita* abandonó la sala en dirección a la primera clase. Yo estaba en su camino cuando alargó la mano con un amable "hola".

—Señora —le dije—, ¿quisiera aprovechar la oportunidad para hacer alguna declaración, la primera en libertad?

*Isabelita*, con su tímida sonrisa cargada de tristeza, dudó unos segundos antes de responder:

—No, todavía no. . . —Y se despidió amable para caminar hacia su butaca.

Ya amanecía sobre el Atlántico cuando reanudamos la charla con Ricardo Fabris y el abogado Julio Arriola, mientras la señora Perón comenzaba a retocarse para el desayuno. Los dos asesores confirmaron las estrechas condiciones a que los militares habían tenido reducida a la ex presidenta durante sus largos años de prisión.

—No es cierto que la señora pudiera montar a caballo, ni siquiera hay caballos en la quinta, ni que pudiera bañarse en la "pileta" (piscina) — me dice Arriola, quien, como su abogado, fue una de las pocas personas que frecuentaron la quinta de San Vicente—. La señora apenas podía abandonar la casa, y cuando lo hacía estaba limitada a pasear por una estrecha faja del jardín.

El resto de la quinta era un verdadero campamento militar en el que estaban instalados permanentemente unos 160 soldados, encargados de vigilar a la importante prisionera.

El abogado y el portavoz de la ex presidenta se lamentaron también del comportamiento del gobierno español al permitir que tuvieran éxito las reclamaciones del régimen militar argentino para incautarse de la residencia *17 de Octubre*, en el barrio madrileño de Puerta de Hierro. Mientras los abogados reclaman la propiedad de esa residencia, la señora de Perón se hospeda en una lujosa suite del Hotel Ritz, y podría instalarse después en un apartamento que alquiló aquí en Madrid el abogado Arriola.

Después de sobrevolar la isla de Tenerife, tuvimos otra oportunidad de acercarnos a la ex presidenta, ahora instalada en su asiento de primera clase y con el sol entrando ya por la ventanilla, lo que permitió registrar mejor su imagen.

Poco después, aterrizamos en el aeropuerto de Barajas y, a la salida del avión, la señora Perón volvió a posar tranquilamente para los periodistas que la habíamos acompañado en su viaje a la libertad.

Después, en la sala principal del aeropuerto, donde la esperaban decenas y decenas de reporteros y fotógrafos y cinegrafistas, la brusquedad de los guardaespaldas de *Isabelita* convirtió su llegada en un festival de violencia. La nube de periodistas que intentaban registrar la entrada en España de *Isabelita* fue violentamente agitada por los bruscos empujones de los guardaespaldas, quienes también pasaron a agredir a los reporteros a golpes y puntapiés. Entre todo ese jaleo, *Isabel Perón*, impasible, con la misma sonrisa triste que lució en el viaje, fue llevada casi en el aire hasta la salida del aeropuerto, donde un centenar de compatriotas partidarios cerraron con tímidos gritos "*Isabel, Isabel*" la dura y larga jornada que marcaba el principio de su libertad, y que habíamos visto iniciarse 18 horas antes con esos mismos gritos, pero en tono firme y alto, en boca de bravas mujeres peronistas que desafiaban con ellos a los militares que intentaron impedir que la salida de *Isabelita* se convirtiera en una manifestación contra la dictadura militar que la derrocó y la mantuvo prisionera.

Ya en Madrid, y por la tarde, *Isabelita* abandonó el Ritz para visitar algunos almacenes y, al parecer, aprovechar para "algunos encuentros" sigilosos con algunos de sus partidarios.